



El adiós de Miguel Beato

Miguel Beato, el director-fundador del Centro de Regulación Genómica, ha empezado a preparar las maletas. En 2011, de acuerdo con un comunicado del centro, un nuevo director tomará las riendas de una institución que se ha convertido en referencia internacional en tan solo 10 años.



AUTOR | Xavier Pujol Gebellí

23/06/2010

La biología tiene estas cosas. Miguel Beato, con 70 años cumplidos, ha decidido que ya ha llegado el momento de dedicarse a la fotografía, a pasear en bicicleta o a pintar. En nada va a ingresar en el club de los jubilados, aunque quienes le conocen (entre los que me cuento) opinan que va a mantener uno de sus hobbies preferidos: el microscopio y un pequeño rincón en un laboratorio de su Centro de Regulación Genómica.

Nacido en Salamanca en 1939, este licenciado en Medicina que apenas ejerció de médico porque la bioquímica y la biología molecular le sedujeron rápidamente, alcanzó notoriedad internacional por sus aportaciones al conocimiento de la cromatina y la expresión génica. Buena parte de su carrera la desarrolló en Alemania, en la Universidad de Marburg, donde pasó por todos los escalafones de científico y docente hasta alcanzar la dirección del prestigioso Instituto de Biología Molecular e Investigación de Tumores de la misma universidad. Alrededor del año 2000, aceptó una invitación de la administración catalana para poner en marcha lo que debería ser el nuevo centro en el marco del Parque de Investigación Biomédica de Barcelona y la Universidad Pompeu Fabra.

Su llegada fue vista no sin recelos por parte de una comunidad científica demasiado acostumbrada a las penurias del sistema español. No en vano Beato llegaba con 60 años a sus espaldas para levantar un proyecto que prometía mucho en la teoría pero que en la práctica pocos entendían. "¿Investigación de excelencia, movilidad internacional, atracción de talento, sin funcionarios, en España?". Esas eran las preguntas del momento, claramente dominadas por el peso del escepticismo.

Pero cuajó. Sin prisas pero sin pausas, Beato fue desplegando todas sus artes y toda su ciencia, que no eran pocas, para participar de la instauración de un nuevo modelo de centro de investigación que nació con cuatro y el cabo y que hoy, transcurridos sus diez primeros años de vida, cuenta con 31 grupos de investigación altamente internacionalizados y puede presumir de una dotación de más de 10 millones de euros procedentes de fondos competitivos del VII Programa Marco europeo. Con el paso de los años, el CRG se ha posicionado como el sexto centro de Europa y el vigésimo mundial en citaciones por publicación científica e impacto de sus publicaciones.

Más allá de las aptitudes y la calidad profesional de Beato, que las tiene y son contrastables, merece la pena destacar en esta trayectoria particular dos condiciones altamente determinantes. La primera tiene que ver con el proceso de creación del centro; la segunda, con el modelo implantado.

Sobre la primera: diez años atrás la Universidad Pompeu Fabra recién iniciaba su camino; la universidad catalana, como en general ocurría con la española, no tenía herramientas jurídicas o financieras para apostar por la excelencia siguiendo modelos internacionales; y se llevaba años clamando por mejoras en la estructura y la organización del sistema de ciencia y tecnología español (este último punto, por cierto, aun pendiente de solución).

La irrupción de Andreu Mas Colell a escena cambió el panorama y abrió nuevos horizontes. Sus primeras propuestas, entre las que se cuenta el CRG, despertaron dudas e incomprensión, pero el tiempo ha acabado dándole la razón: invertir en excelencia exigía salirse del guión, salirse del sistema. El by pass se tradujo en forma de un nuevo centro dotado de personalidad jurídica propia con capacidad para gestionar sus presupuestos y, por tanto, "fichar" investigadores.

El segundo aspecto es el modelo. Vaya por delante que no hay un único modelo que funcione, pero debe quedar claro también que tampoco hay tantos donde escoger. Beato, probablemente influido por su experiencia alemana y el espejo del European Molecular Biology Laboratory (EMBL), con sede en Heidelberg, apostó decididamente por aplicar alguno de los preceptos de la gran institución europea: los investigadores que trabajan ahí lo hacen por un tiempo determinado, de modo que combinan un periodo de formación altamente especializada con una productividad científica al más alto nivel. Sólo unos pocos permanecen, los jefes de programa. Al aplicar este modelo a Barcelona, Beato se aseguraba movilidad internacional y alta productividad. Los resultados le han acompañado y han hecho buenos los pronósticos de sus principales fiadores de los inicios, Jordi Camí y Mas Colell.

Ahora Miguel Beato prepara las maletas. Es tal y como había previsto. En una conversación de pasillo, hace ya año y medio, me adelantaba sus intenciones: irse, pero bien. Esto es, convocando una competición internacional para sellar la futura dirección del centro y dejando a sus pupilos en la mejor de las posiciones posibles. Y él, dedicándose a otras cosas pero sin renunciar, si así se lo permitiese la salud y la burocracia cuando llegase el momento, a su rincón en un laboratorio. Ambas cosas parece que las va a tener de cara.

Y como de salud de momento no le falta y su particular pacto con el diablo para mantenerse joven y ágil pese a los años le funciona, todo parece indicar que va a seguir en la brecha con nuevas propuestas. Habrá que darle un tiempo para que las haga públicas (o no). Y sobre todo habrá que pedirle que no pierda su espíritu crítico, su iniciativa y su capacidad de liderazgo imbuida de un alto humanismo para que no se jubile hasta los noventa. Si fuera menester, le arreglamos otro pacto con el diablo.

Cerrar